

X

Deseada se acercaba con su sonora alegría.

—¿Estás ahí? ¿Estás ahí?—exclamó. —Juegas por ventura al escondite? Te he llamado con todas mis fuerzas más de diez veces... Creía que habías salido.

El padre se pasaba las febriles manos por la frente, como para borrar pensamientos que con seguridad todo el mundo iba a leer. Trataba maquinalmente de abrocharse la sotana, que le parecía destrozada y en vergonzoso desorden. Luego, siguió a su hermana, con faz severa, sin el menor estremecimiento, firme en aquella voluntad de sacerdote que oculta las agonías de su carne bajo la dignidad del tonsurado. Deseada no se dió siquiera cuenta de su turbación. Al entrar en el comedor, dijo sencillamente:

—¿Luego estabas solo? ¿Dormías tal vez? ¿En qué puedes divertirte enteramente solo, cuando está tan obscuro? Vamos, ven, que nos espera la mesa puesta.

El padre se pasaba las febriles manos por la frente, como para borrar pensamientos que con seguridad todo el mundo iba a leer. Trataba maquinalmente de abrocharse la sotana, que le parecía destrozada y en vergonzoso desorden. Luego, siguió a su hermana, con faz severa, sin el menor estremecimiento, firme en aquella voluntad de sacerdote que oculta las agonías de su carne bajo la dignidad del tonsurado. Deseada no se dió siquiera cuenta de su turbación. Al entrar en el comedor, dijo sencillamente:

—Yo he dormido perfectamente. Tú has charlado demasiado, y estás muy pálido.

Por la noche, después de la comida, el Hermano Archangias se presentó para jugar su partida de batalla con la Teuse. Aquella noche llegaba muy regocijado. Siempre que el Hermano estaba alegre, alumbraba porrazos en los costados de la Teuse, quien se los devolvía en pescozones por todo lo alto. Aquéllo hacíales reír en tal medida que los techos temblaban. Luego inventaba jugarretas extraordinarias; rompía con la nariz platos puestos de plano, apostaba a que hundiría con el trasero la puerta del comedor, echaba todo el tabaco de su tabaquera en el café de la vieja sirviente, o bien traía un puñado de guijarros que le deslizaba cuello abajo, empujándoselos con la mano hasta la cintura. Aquellos desbordamientos de alegría sanguínea estallaban por maldita la cosa, en medio de sus cóleras de costumbre; con frecuencia una cosa de la que nadie se reía, le producía un verdadero ataque de estrepitosa locura, dando golpes con los pies, bailando como un trompo y sujetándose el vientre.

—Vamos a ver ¿no querrá usted decirme por qué está tan alegre?—preguntó la Teuse.

No contestó. Habíase sentado, a horcajadas en una silla, y daba la vuelta a la mesa galopando.

—Sí, sí, haga usted la bestia—repuso.—¡Dios mío! ¡Qué animal es usted!... Si el Señor le ve, ¡qué contento debe de estar de usted!

El Hermano acababa de dejarse caer boca arriba, con las espaldas en el suelo y con las piernas al aire. Sin levantarse, dijo con gravedad:

—Me vé y está contento de verme. El es quien desea que esté contento... Cuando consiente en favorecerme con un recreo, toca la campana en mi osamenta. Entonces me revuelco, lo que hace reír a todo el paraíso.

Y anduvo de espaldas hasta la pared; después, enderezándose sobre el cogote, tocó el tamboril con

los talones tan alto como pudo. La sotana, que se alzaba, descubría el pantalón negro, remendado en las rodillas con pedazos de paño verde. Y continuaba:

—¡Vea usted, señor cura, hasta dónde llego. Apuesto a que usted no hace lo propio... Vaya, riase un poquitín. Preferible es arrastrarse boca arriba, que desear por colchón la piel de alguna llevada y traída. ¿Me entiende usted, eh? Por un instante, uno hace el asno, se restriega y deja su miseria. Y así uno descansa. Yo, cuando me restriego, me imagino ser el perro de Dios, y esto es lo que me lleva a decir que todo el paraíso se asoma a las ventanas y se ríe al verme... Usted también puede reír, señor cura. Esto es para los Santos y para usted. Atienda: esta es una voltereta por San José, estotra por San Juan, otra por San Miguel, una por San Marcos, otra por San Mateo...

Y continuó desensartando todo un rosario de santos y dando volteretas alrededor de la estancia. El padre Mouret, que no había dicho una palabra y que se hallaba acodado al borde de la mesa, había concluido por sonreír. Por regla general, las alegrías del Hermano le inquietaban. Por último, como pasase al alcance de la Teuse, ésta le largó un puntapié.

—Vaya—le dijo;—¿jugamos por fin?

El Hermano Archangias respondió dando gruñidos. Habíase puesto a cuatro patas y andaba en derechura hacia la Teuse, haciendo el lobo. Así que la hubo alcanzado, hundió la cabeza bajo sus sayas y le mordió la rodilla derecha.

—¿Quiere usted dejarme?—gritó.—¿Acaso piensa usted ahora en porquerías?

—¡Yo!—balbuceó el Hermano, tan regocijado por la idea, que se quedó en el sitio, sin poderse levantar.—¡Eh! Mira me quedo sin respiración tan sólo por haber probado tu rodilla. Está demasiado sucia... Muerdo a las mujeres, y luego las escupo como ves.

La tuteaba y escupía a sus sayas. Cuando pudo conseguir ponerse en pie, resopló un instante y se restregó los costados. Algunas explosiones de alegría zarandeábanle todavía el vientre, como odre que se acaba de vaciar. Dijo por último, con voz gruesa y seria:

—Juguemos... Si río, la cosa a mí solo concierne. No tiene usted necesidad de saber por qué, la Teuse.

Y la partida se entabló. Fué terrible. El Hermano echaba las cartas con fuertes puñetazos. Cuando gritaba “¡Batalla!” los vidrios resonaban. Era la Teuse la que ganaba. Tenía tres ases desde hacía rato, y atistaba el cuarto con reluciente mirada. En esto, el Hermano Archangias se entregaba a otras bromitas. Levantaba la mesa, con riesgo de romper la lámpara, hacía trampa con todo descaro, defendiéndose con ayuda de mentiras enormes, cosa de echarlo a broma, decía en seguida. Bruscamente se puso a entonar las *Visperas*, cantándolas con voz plena de chantre de facistol. Y ya no cesó, roncando lúgubrementemente, acentuando la cesura de cada versículo y golpeando las cartas sobre la palma de la mano izquierda. Cuando su alegría hubo llegado al colmo, cuando no encontró ya nada para expresarla, volvía a cantar las *Visperas* durante horas enteras. La Teuse, que le conocía bien, se inclinó para gritarle, en medio de los mugidos con que llenaba el comedor:

—¡Cállese usted, eso es insoportable! Está usted demasiado alegre esta noche.

Entonces dió principio a las *Completras*. El padre Mouret había ido a sentarse junto a la ventana. Parecía no ver, no oír lo que pasaba a su alrededor. Durante la comida, habíase alimentado como tenía por costumbre, y hasta había llegado a contestar a las eternas preguntas de Deseada. Ahora se abandonaba exhausto de energía; sentíase herido, aniquilado, en la furiosa contienda que proseguía en él, sin tregua ni reposo. Hasta faltá-

bale valor para levantarse y subir a su habitación. Después temía que si volvía el rostro del lado de la lámpara, no se viesen sus lágrimas, que en vano trataba de contener. Apoyó la frente contra un cristal, miró las tinieblas de fuera y se quedó dormido poco a poco, deslizándose a un estupor de pesadilla.

El Hermano Archangias, salmodiando siempre, guiñó los ojos, señalando al sacerdote dormido, con un movimiento de cabeza.

—¿Qué hay?—preguntó la Teuse.

El Hermano repitió su juego de párpados, acentuándolo más.

—¡Eh! ¡Cuándo se dislocará usted el cuello!—dijo la sirvienta.—Hable usted y le comprenderé... Mire usted, un rey. ¡Bien! Tomo su dama.

Dejó un instante las cartas, se encorvó sobre la mesa y le susurró a la cara:

—La buscona ha venido.

—Muy bien que lo sé—contestó ella.—La ví con la señorita entrar en el corral.

El Hermano la miró por modo terrible y avanzó los puños.

—¡La ha visto usted y la ha dejado entrar! Precisaba haberme llamado y la habríamos colgado por los pies a un clavo de la cocina.

Ella se incomodó, pero contuvo la voz para no despertar al padre Mouret.

—Muy bien—balbuceó.—¡No es usted poco bueno! ¡Venga usted a colgar a alguien en mi cocina! No hay que dudar que la he visto. Y hasta volví la espalda cuando fué a verse con el señor cura en la iglesia, después del catecismo. Allí han podido hacer cuanto les ha venido en gana. ¿Por ventura eso me va a mí ni me viene? ¿Acaso no tenía que poner las habichuelas al fuego?... En cuanto a mí, abomino a esa muchacha. Pero desde el punto y hora en que constituye la salud del señor cura... Puede venir a todas las horas del día y de la noche, les encerraré juntitos, si así lo desean.

—Si hiciese usted eso, la Teuse—dijo el Hermano con fría rabia,—yo la estrangularía a usted.

La Teuse se echó a reír, tuteándole a su vez.

—No digas tonterías, niño. Bien sabes que las mujeres te están prohibidas como el *Padre nuestro* a los borricos. Trata de estrangularme un día y ya verás lo que hago contigo... Ten juicio, y acabemos la partida... Mira, aquí viene otro rey.

Y él con su carta levantada, proseguía gruñendo:

—Preciso es que haya venido por algún camino conocido tan sólo por el diablo, para que se me haya escapado hoy. Todas las tardes voy a apostarme allí arriba, en el Paradou. Si vuelvo a sorprenderles juntos, haré que la muy bellaca trabe relaciones con un palo de cerezo silvestre, que expresamente he cortado para ella. Ahora vigilaré también la iglesia.

Jugó y se dejó ganar una sota por la Teuse y luego se retrepó en la silla, acometido de nuevo por su estentórea risa. Aquella noche no podía enfadarse con seriedad, y murmuró:

—No importa, si le ha visto, no por eso ha caído menos de narices... Sea como sea, quiero contárselo a usted, la Teuse. Como usted sabe, estaba lloviendo. Me encontraba en la puerta de la escuela, cuando reparé en que bajaba de la iglesia. Andaba muy erguida y con su aspecto orgulloso, a pesar del aguacero. Mas hete aquí que al llegar al camino, cayó al suelo cuan larga era, a causa de la tierra que debía de hallarse resbaladiza. ¡Oh, lo que me he reído!... ¡Y no palmoteaba poco! Cuando se levantó, tenía sangre en una muñeca, lo que me ha llenado de alegría para una semana. No puedo imaginármela en el suelo, sin sentir en la garganta y en el vientre cosquilleos tales, que me hacen descoyuntarme de risa.

E hinchando los carrillos y entregado ya en adelante a su juego, se puso a cantar el *De profundis*. Después lo volvió a empezar. La partida dió fin en medio de aquella lamentación, a la que daba

mayor empuje a cada instante, como para saborearla mejor. Fué él quien perdió, mas no por eso experimentó la menor contrariedad. Cuando la Teuse le puso a la puerta, después de haber despertado al padre Mouret, oíasele perderse en mitad de la obscuridad de la noche, repitiendo el último versículo del salmo: *Et ipse redimet Israel ex omnibus iniquitatibus ejus*, con acento de extraordinario regocijo.

XI

El padre Mouret dormía con sueño de plomo. Cuando abrió los ojos, más tarde que de costumbre, encontróse con el rostro y las manos bañados de lágrimas; mientras dormía, toda la noche la había pasado llorando. Aquella mañana no dijo misa. A pesar de su prolongado reposo, su desfallecimiento de la víspera había llegado a ser tal, que permaneció hasta el medio día en su habitación, sentado en una silla, al pie de la cama. El estupor que se apoderaba de él de hora en hora, le quitaba hasta la sensación del sufrimiento.

Tan sólo experimentaba un gran vacío; permanecía aliviado, anonadado, confundido. La lectura del breviario le costó un soberano esfuerzo; el latín de los versículos le parecía una lengua bárbara, cuyas palabras apenas conseguía deletrear. Después, dejado el libro sobre la cama, pasó horas y horas mirando la campiña por la ventana abierta, sin contar con fuerzas para acodarse al alféizar. A lo lejos, distinguía la blanca pared del Paradou, una pálida silueta que corría a la cumbre de las montañas, entre las sombrías manchas de los bosquecillos de pinos. A la izquierda, detrás de uno de aquellos bosques, encontrábase la brecha; no la veía, más sabía que estaba allí; tenía presentes los menores matojos de zarzas esparcidos por entre las piedras.

Todavía el día anterior no había sido osado a dirigir sus miradas a aquel temible horizonte. Mas ya en aquella ocasión, se olvidaba de sí mismo hasta el punto de reanudar impunemente, tras de cada ramillete de verdura, el hilo interrumpido de la pared, semejante a la orla de una falda fundida en todos los matorrales. Esto ni siquiera llevaba mayor actividad al latido de sus venas. La tentación, como desdeñosa de la pobreza de su sangre, había abandonado su desmadejado cuerpo; dejábale incapaz de una lucha, en la privación de la gracia, no teniendo siquiera la pasión del pecado, pronto a aceptar por atontamiento cuanto furiosamente había rechazado la víspera.

Sorprendióse un instante al oírse hablar alto. Una vez que la brecha se hallaba siempre allí, iría a unirse con Albina al ponerse el sol. Esta decisión le producía cierto enojo, mas no creía poder obrar de otro modo. Ella le esperaba, era su mujer. Cuando quería evocar su rostro, ya no lo veía sino muy pálido, muy en lontananza. Luego mostrábase inquieto al pensar en el modo como vivirían juntos; sería difícil permanecer en el país; tendrían que huir, sin que nadie lo sospechara; en seguida, una vez ocultos en cualquier parte, necesitarían dinero a manta para ser felices. Veinte veces intentó trazar un plan de raptó, de prepararse una existencia de amantes felices. No acertaba con nada. Ahora que el ansia ya no le enloquecía, el lado práctico de la situación le llenaba de espanto, poníale con sus débiles manos frente a frente de una tarea complicada, cuya primera palabra no sabía siquiera. ¿En dónde encontrarían caballos para escapar? Si se marchaban a pie, ¿no serían detenidos como vagabundos? Además, ¿sería capaz de desempeñar un empleo, de encontrar cualquiera ocupación, que pudiese asegurar el pan de su mujer? Nunca se le habían enseñado estas cosas.

Ignoraba la vida; escudriñando en su memoria, tan sólo tropezaba con retazos de oraciones, con de-

talles de ceremonial, con páginas de la *Instrucción teológica*, de Bouvier, aprendidas de memoria en otros tiempos en el seminario. Hasta las cosas sin importancia le embarazaban en extremo. Preguntábase si se atrevería a dar el brazo a su mujer en la calle. Con seguridad que no acertaría a andar con una mujer del brazo. Parecería tan torpe, que la gente volvería la cara para mirarle. Se adivinaría que era un cura e insultarían a Albina. En vano procuraría desprenderse de su apariencia sacerdotal, siempre llevaría consigo la triste palidez, el olor del incienso. ¿Y si un día llegaba a tener hijos? Aquella inesperada idea le hizo estremecerse; experimentó una singular repugnancia; creía que no les llegaría a amar. No obstante, eran dos, un niño y una niña. Les apartaba de sus rodillas, sufriendo al sentir sus manecitas posarse sobre sus ropas, sin sentir al hacerlos saltar, la alegría de los demás padres.

No se acostumbraba a aquella carne de su carne, de la que le parecía siempre desprenderse su impureza de hombre. La niñita sobre todo le turbaba, con sus grandes ojos, en cuyo fondo se iluminaban ya ternuras de mujer. Pero no, no tendría hijos, evitariase aquel horror que experimentaba, a la idea de ver sus miembros renacer y vivir eternamente. Entonces, la esperanza de ser impotente le pareció dulcísima. Toda su virilidad habíase sin duda extinguido durante su larga adolescencia. Esto le determinó. Aquella misma noche huiría con Albina.

Por la tarde, no obstante, el padre Mouret se sintió demasiado abatido, por lo que pospuso la partida al día siguiente. Al día siguiente se dió un nuevo pretexto: no podía abandonar a su hermana sola con la Teuse; dejaría una carta para que se la condujera a casa de su tío Pascual. Durante tres días estuvo proponiéndose escribir la tal carta; el plieguecillo de papel, la pluma y el tintero estaban preparados, en la mesa, en su habitación. Y el ter-

cer día se fué sin escribir la carta. De repente, había tomado el sombrero, había partido para el Paradou, por necesidad, obsesionado, resignándose, yendo allí como a cumplir una servidumbre que no sabía cómo evitar. La imagen de Albina habíase vuelto a borrar; ya no la veía, obedecía a antiguas voluntades, muertas en él en aquella hora, mas cuyo rebrote persistía en el gran silencio de su ser.

Fuera, no tomó precaución alguna en ocultarse. Detúvose, en el extremo del pueblo, para hablar un instante con Rosalía; anunciábale que su hijito tenía convulsiones y, no obstante, se reía, con aquella risa en las comisuras de los labios que le era habitual. Luego el padre Mouret se internó en medio de las rocas, en dirección a la brecha. Por costumbre, habíase llevado el breviario. Como el camino era largo y se aburría, abrió el libro y leyó las oraciones reglamentarias. Así que volvió a ponerse bajo el brazo, ya había olvidado el Paradou. Continuó andando, andando, pensando en una casulla nueva que quería comprar, en reemplazo de la de estofa de oro, que sin remedio, iba convirtiéndose en polvo; hacía algún tiempo que ocultaba las monedas de veinte sueldos y calculaba que al cabo de siete meses contaría con bastante dinero. Llegaba a las cumbres, cuando el canto de un labriego, a lo lejos, llevóle a la memoria un cántico que había sabido en otro tiempo, en el seminario.

Buscó los primeros versos de aquel cántico, sin poderlos encontrar, y le contrariaba el tener tan poca memoria. Con todo, habiendo concluido por acordarse, sintió dulcísima alegría al entonar a media voz las palabras, que le acudían una tras otra. Tratábase de un homenaje a María. Sonreíase como si hubiese recibido en el rostro un fresco soplo de su juventud. ¡Cuán feliz era en aquellos tiempos! Seguramente que aún podría ser dichoso; no había crecido, no pedía para siempre sino las mismas felicidades, una paz serena, un rincón de capilla, en donde el sitio de sus rodillas estuviese marcado,

una vida de soledad alegrada con adorables puerilidades infantiles. Alzaba poco a poco la voz y entonaba el cántico con delicados sonidos de flauta, cuando, de repente, distinguió la brecha en frente de él.

Por un instante pareció sorprendido. Luego, cesando de sonreír, murmuró sencillamente:

—Albina debe de esperarme. El sol descende ya.

Pero, cuando subía a apartar las piedras para poder pasar, un resuello terrible le llenó de inquietud. Tuvo que volver a bajar, estando en un tris que no pusiese el pie en pleno rostro del Hermano Archangias, revolcado en el suelo, durmiendo profundamente. El sueño le había sin duda sorprendido en tanto que guardaba la entrada del Paradou. Obstruía el umbral, tendido cuan largo era, con los miembros apartados, en vergonzosa postura. Su mano derecha, echada tras de la cabeza, no había dejado el palo de cerezo, que parecía blandir aun, a modo de flamígera espada. Y roncaba en medio de las zarzas, con la cara al sol, sin que su curtida piel experimentase el menor estremecimiento. Un enjambre de moscas revoloteaba sobre su abierta boca.

El padre Mouret le miró un instante. Envidiaba aquel sueño de santo revolcado en el polvo. Quiso sacarle las moscas; pero las moscas, testarudas como ellas solas, volvían y se pegaban a los acardenalados labios del Hermano, quien ni siquiera llegaba a sentir las. Entonces el padre pasó por encima del gigantesco cuerpo, y entró en el Paradou.